

Barceló, Miquel. *De la vida mía*. Galaxia Gutenberg, Barcelona, 2024.

Juan Agustín Mancebo Roca

Miquel Barceló ha confesado que la literatura es una de sus grandes pasiones. El pintor reconoce que el noventa por ciento de su tiempo lo dedica a la pintura y el resto a la lectura y a otras actividades. Esa afinidad electiva ha contaminado su imaginario en sus devaneos con la poesía experimental a finales de los setenta del pasado siglo, en los cuadros de las grandes bibliotecas de los primeros ochenta, las anotaciones de sus cuadernos de viaje, la colaboración con escritores en proyectos editoriales e, incluso, en la creación de libros e ilustraciones para clásicos que, debido a la particularidad de sus intervenciones, ha denominado como “libros pintados”.

La pasión literaria de Barceló le lleva a sabotearla permanentemente para no dedicarle a la escritura más tiempo del debido, siendo esta una condición a la que el artista se resigna: “Pero también escribo –dice–. A veces. Lo menos posible, pero siempre demasiado, como por desgracia, ahora, aquí”. De hecho, confiesa que escribe en francés como una manera de tomarle distancia al proceso mental del literato para que no contamine la creación pictórica: “Escribo en francés, que leo bien y escribo mal. Mi latín particular”. Del mismo modo, la escritura, como la pintura y el buceo, comparten un carácter similar de pantalla que le fascina, tres mundos diferentes y complementarios que se interconectan en su itinerario artístico y vital.

*De la mía vida* es una especie de autobiografía o, como ha definido el propio Barceló, una vida escrita por un pintor o una biografía pintada. Por tanto, no encontramos una amalgama de datos historiográficamente relevantes como han hecho los estudios clásicos de Dore Ashton (2008), Michael Damiano (2012), Enrique Juncosa (2004 y 2023) y Francisco Calvo Serraller (2002) o, incluso, la exhaustiva entrevista que ha editado el recientemente desaparecido Albert Anaut (2023) que podría ser un excelente contrapunto a este volumen, sino que nos presenta los diferentes mundos, los múltiples intereses del pintor y las innumerables referencias que constituyen la poética de su universo de creación,

El libro es un proyecto editorial de Galaxia Gutenberg, sello con el que el que Barceló ha colaborado desde los años noventa con la publicación de libros, ediciones ilustradas y la edición de fragmentos de sus cuadernos de viaje. De hecho, han sido las publicaciones de Gutenberg las que han acercado a través de los libros a Barceló a un público mayoritario, menos especializado, y que han contribuido, entre otras acciones mediáticas, a la enorme repercusión de su trabajo.

A partir del verso de Luis de Góngora –que empareja con la tradición barroca ligada a parte de su obra–, el libro supone un desplazamiento textual del carácter innovador de su pintura, compuesto por una estructura fragmentada en la que recupera pensamientos, recuerdos y análisis de sus trabajos que reflejan su multifacética naturaleza. Asimismo, *De la vida mía*, se compone con tres tipografías diferentes que distinguen los niveles narrativos: una para las didascalias de las ilustraciones (escritas por el propio Barceló), otra para los extractos de sus cuadernos y la última para sus conversaciones con la editora francesa Collete Fellous. Esta construcción, a modo de collage, está relacionada con el carácter gráfico del volumen, una dimensión visual que complementa el escrito y que incluye una ingente cantidad de dibujos, pinturas, notas, fragmentos y fotografías.

La primera condición que señala *De la vida mía* es la naturaleza como pilar fundamental en el que emerge su pasión por la pintura. La relación y curiosidad por el entorno mallorquín han sido un refugio y una fuente de inspiración que se ha desplazado desde sus orígenes como artista hasta sus estancias en África. Barceló relata cómo esa experiencia con su primer entorno y su interacción moldearon su sensibilidad y han sido determinantes en una producción marcada por su condición mediterránea. Para Barceló, el mar es una metáfora del enfrentamiento con el lienzo y la relación entre el cuerpo, el entorno y la creación aparece recurrentemente en todo el libro, trasladando una visión directamente conectada con su experiencia física y emocional.

Su temprano éxito, vinculado a la recuperación de las tendencias cálidas del neo-expresionismo, la transvanguardia y la de la figuración pictórica en Europa en contraposición a la *bad painting* norteamericana en la que las posiciones del artista retienen un patrimonio histórico como mantenía Achille Bonito Oliva, le llevó a establecer el mito de la evasión para poder continuar una obra desprejuiciada de los

elementos que, en su opinión, rodean el mercado del arte. Por ello, si Mallorca representa su origen, África se inscribe en su proceso de transformación. Barceló realizó su primer viaje al continente africano a finales de los ochenta para huir de un sistema de las artes que lo atezaba y lo había convertido en una estrella, lo que supuso un punto de inflexión en su obra. De hecho, hasta que las condiciones políticas lo han permitido, ha residido temporalmente en África. Las gentes y los paisajes de Mali –concretamente del País Dogón, una zona remota de la República de Mali– se convirtieron en los motivos de su producción gráfica que enlazaban con los que había explorado hasta el momento su pintura. Para Barceló, el entorno africano es relevante porque cada uno de sus elementos, por insignificante que sea, adquiere un doble sentido que se ha permeabilizado en su filosofía creativa. Del mismo modo, en África encontró materiales como la arcilla y la cerámica donde ha combinado técnicas pretéritas con modelos contemporáneos. De hecho, la fragilidad de ambos materiales simboliza las metáforas del arte y de la existencia, elementos surgidos de los accidentes que son indisolubles de su trayectoria. Su proceso creativo también inserta las condiciones de la naturaleza como proceso de transformación a partir de agentes externos como las termitas que destruían y metamorfoseaban sus obras, desafiando la tradición de autoría y control creativo para vincularse con el azar que ha condicionado gran parte de su producción africana.

Otro núcleo argumental del libro es el intento de trasladar al lector las condiciones inherentes al acto de creación. Para Miquel Barceló la pintura, el enfrentarse a la tela en blanco como superficie de trabajo, establece una pulsión que trasciende lo técnico y lo racional. La superficie es un espacio condicionado por un tiempo de reflexión en el que el artista deambula, pasea, observa e interviene radicalmente, como señalaba John Berger en uno de los relatos dedicados a su pintura y ha reconocido el artista prácticamente desde sus inicios. Barceló establece un enfoque primitivo, ritualizado, que enlaza con los procedimientos de Jackson Pollock o Lucio Fontana, e incluso con los conceptos artísticos de Joseph Beuys, para generar una experiencia auténtica en su modelo de confrontación. Asimismo, reflexiona sobre la destrucción como un proceso esencial en la creación, en la que los errores, las imperfecciones, lo aleatorio, lo incontrolado y la condición de caos

y de accidente, no son solo inevitables, sino que también son necesarios.

Su obra establece que el arte es, a su vez, una forma de documentar y resistir. Su pintura, del mismo modo, establece nexos con momentos históricos y sociales que ha vivido. De hecho, a lo largo de sus páginas encontramos la preocupación y el lamento por la transformación del paisaje de su Mallorca natal en un parque temático de vacaciones que ha aniquilado gran parte de su cultura y tradiciones autóctonas. También destaca la idea de la preservación implícita en sus acciones de su juventud, como la ocupación con otros activistas de la isla de Sa Dragonera con lo que evitó la urbanización masiva de la misma. Esa crítica es testimonio de la rápida desaparición de un modelo anterior ante la especulación y la codicia, siendo su pintura una forma de preservar la memoria. Este sentido de salvaguardia se une a la descripción de los grandes proyectos artísticos como los de la cúpula de la ONU en Ginebra y la capilla del Santísimo de la catedral de Mallorca, en las que concibe la creación como una vocación transformadora donde explora nuevos formatos en los que está implícita la capacidad expansiva de la pintura, en la que lleva su técnica hasta el límite, para crear espacios que invitan a la reflexión y al diálogo.

*De la vida mía* trasciende la simple autobiografía para condensar el pensamiento artístico de Barceló a través de una indagación filosófica y un testimonio existencial. El pintor/escritor invita a compartir su mundo y, a través de él, a explorar las conexiones entre cultura y creación, fomentando una reflexión sobre nuestra relación con el arte y con el entorno que nos rodea. El libro desafía convenciones tanto en su forma y como en su contenido, y se convierte en un cuaderno de bitácora en el que el texto se acompaña de un prodigioso material gráfico del y sobre el artista. El volumen evidencia que los procesos de creación, cuando existe un compromiso, no se orientan a la búsqueda de la perfección, sino a la conexión que impulsa la transformación mediante el acto creativo. En definitiva, se trata de una obra destinada a quienes desean profundizar en el conocimiento de una figura esencial del arte contemporáneo.